

La coherencia se debe mostrar con los actos

LOS VALORES Y NORMAS SE APRENDEN IMITANDO LAS ACTITUDES DE QUIENES EDUCAN

Enseñar a vivir es acompañar a alguien en el proceso de maduración hacia su propia autonomía. En este camino, quien enseña ha de mantener una postura activa, próxima y vigilante pero también respetuosa, y no pensar o hacer nada que la otra persona es capaz de decir, pensar o hacer por sí misma.

Por otra parte, como en todo aprendizaje, la seguridad que se le ofrezca a quien está aprendiendo le servirá como pilar al que aferrarse en el día a día. Respeto y confianza han de ser, pues, las columnas de apoyo en las que se sostiene la educación. Pero antes, y para llegar a ello, quien enseña debe ser coherente con lo que enseña, pues se convertirá en modelo con sus propias palabras, y sobre todo, con sus actos.

Con amor y aceptación

Un buen compañero en el viaje de hacerse persona entrelaza su disponibilidad y compromiso bajo las pautas del amor y la aceptación. El educando debe saberse amado, escuchar lo que le es, pero también sentirlo.

Se usarán, pues, con él o ella, palabras de afecto, sin olvidar el tacto: a través de su cuerpo aprenderá a sentir que se valora su persona, no a una abstracción o a una realidad conceptual, sino a una concreción que se acaricia y se besa, y no sólo cuando es bebé.

También debe sentirse aceptado tal como es, tal como piensa y siente, aun cuando no coincida con la forma de pensar y sentir de quien le educa. Su seguridad se reafirmará si se le trata desde la aceptación incondicional,

que le admite tal cual es, sin reproches, descalificaciones ni etiquetas.

Seamos conscientes de que aceptar no es sinónimo de gustar. Puede suceder que la personalidad de quien educamos no nos guste e incluso que se encuentre en la antípoda de nuestra escala de valores, pero eso no justifica la no aceptación. Cada persona es independiente y distinta.

La seguridad en uno mismo viene en parte condicionada por quien en su día nos acompañó en los inicios del aprendizaje de la vida. Toca, pues,

preguntarse: ¿qué es lo que reporta seguridad? Sin duda, aquello en lo que se confía, lo que se conoce de forma empírica y que está avalado por la coherencia. Cuando el educador se pregunta cómo ofrecer esa coherencia que le convertirá en persona creíble, en quien se puede confiar y en alguien capaz de aportar seguridad, debe repasar su forma de estar en el mundo.

- Sinceridad: piensa lo que dice y dice lo que piensa.
- Integridad: hace coherente su conducta con sus ideales, creencias y convicciones.
- Exterioriza y comunica sus sentimientos, consiguiendo que no dis-



LA FALTA DE COHERENCIA ENTRE LO QUE DICE Y LO QUE HACE EL EDUCADOR LE RESTA MUCHA LEGITIMIDAD ANTE EL ALUMNO

torsionen el pensamiento ni interfieran en la relación.

- Su tono y volumen de voz, su expresión y mirada y lo que está manifestando, no se contradicen, sino que forman un todo único y coherente.
- Su cuerpo reafirma lo que dicen sus palabras, y logra hacérselo sentir a quien le escucha.

Los valores se transmiten con el ejemplo

Educar es acompañar permanentemente. Significa nutrir, proporcionar y enriquecer las potencialidades y aptitudes de la persona a quien se acompaña en su educación. Y significa, además, sacar lo mejor de ella.



LA COHERENCIA COMO VALOR EDUCATIVO

Visto el poder de la coherencia en nuestras vidas y, por tanto, en toda educación que emprendamos, hagamos que:

- Nuestras palabras reflejen nuestro pensamiento.
- Nuestras entonaciones, volumen y expresión corporal hablen de cómo nos sentimos en cada momento.
- Nuestro comportamiento vaya acorde con nuestros valores.
- Nos atrevamos a decir sí cuando queremos decir sí y no cuando queremos decir no.
- Seamos capaces de vivir sin vergüenza nuestras limitaciones, y no pasando por encima de ellas.
- Sepamos pedir lo que necesitemos, pero sin recurrir a chantajes ni artimañas.
- Evitemos aparentar desde “lo que se espera de nosotros”, y mostrémonos tal cual somos. La autenticidad es la mejor garantía de coherencia.

Pero, mientras los conceptos y las teorías pueden ser transmitidas con la palabra, en el aprendizaje de valores y normas que establecen comportamientos y actitudes lo que más cuenta es la imitación de los modelos.

Cuando el modelo muestra incoherencias entre lo que dice y lo que hace, la persona a educar se quedará con lo que se ha hecho, aunque sea contrario a lo que se ha dicho. Esta falta de coherencia hace que los “alumnos” duden y desconfíen, e incluso que cuestionen la autoridad, la legitimidad, de quien enseña.

Respetarse a uno mismo

Si ser coherente implica ser respetuoso con las ideas, los sentimientos y los momentos de los demás, e incluso con las opciones que eligen, también obliga a ser respetuoso con uno mismo. Cuando no somos claros

y enmascaramos, e incluso en ocasiones nos avergonzamos de lo que pensamos, sentimos o decidimos, desatendemos lo que queremos o necesitamos.

Esto nos lleva a delatarnos ante la persona de quienes somos modelo, y genera en el aprendiz una desorientación que se traduce en incredulidad, desconfianza y, en última instancia, en inseguridad.

No en vano, la coherencia requiere y denota la responsabilidad con que asumimos nuestras vidas. Si vivimos y nos mostramos comprometidos con nuestro bienestar y felicidad estaremos aportando la mejor de las enseñanzas del arte de vivir. Ese arte de vivir en interrelación, ya que somos seres sociales, se inicia en la armonía con uno mismo, es decir, con la propia autoestima, que después se transmitirá en el ejemplo. ◀